

# El misterio de Zacango\*

Martha Grizel Delgado-Rodríguez

**D**omingo llevaba semanas imaginando cómo sería su visita al zoológico de Zacango. Él pasaría al menos cinco minutos frente a cada jaula e intentaría guardarse todos los detalles posibles: el tamaño de un coatí, la estatura de las jirafas o la ligereza del mono araña. Sin embargo, un día antes de la visita, Graciela, su madre, lo había reprendido porque pensaba que Domingo había tomado sesenta pesos de la mesa.

Graciela sabía perfectamente que no era mucho dinero, pero le dolía pensar que su hijo le robara. “¿No los habrás puesto en otro lugar, mamá?”, preguntó el chico guardando unos binoculares en la mochila, no quería ensuciarlos. “Supongo que los binoculares que traes te los regalaron y no los compraste con el dinero de la mesa, ¿no?”, preguntó Graciela. El chico no le dijo que los había pagado con dinero de su propia alcancía (con ellos podría ver mejor a los animales). “¿Te comieron la lengua los ratones? Entonces limpia toda la cocina, tal vez aparezcan los billetes”, dijo Graciela y se fue al comedor azotando la puerta.

Con lágrimas de coraje corriéndole por las mejillas, el niño buscó en cada rincón el dinero perdido: en el tarro de azúcar, en el cajón de los cucharones e incluso en el refrigerador. No quería dejar nada al azar. Y mientras buscaba, pasaba el trapo

\* Cuento ganador del segundo lugar del Primer Concurso de Cuento Infantil organizado por el Centro de Actividades Culturales de la Universidad Autónoma del Estado de México.

a diestra y siniestra. Al finalizar, todo estaba reluciente, pero había un pequeño detalle: los billetes no aparecían y a Domingo no le quedaba ningún rincón por revisar. Seguramente los billetes estarían en la sala, debajo del control remoto o en el florero donde Graciela de vez en cuando escondía el dinero que le sobraba. Entre estas cavilaciones estaba Domingo, husmeando en los últimos rincones de la cocina; por eso no vio entrar a su hermano Beto, ni mucho menos lo vio tropezar con una cubeta. Graciela vino como un rayo a la cocina, un tanto por lo estrepitoso de la caída, otro tanto por el grito de Beto. Este descuido le valió a Domingo un regaño más que lo llevó castigado a su cuarto.

Ustedes se preguntarán por qué reaccionó así Graciela. Bueno, porque Domingo no sólo era el hermano mayor de Beto y tenía esa obligación que se le impone a todos los hermanos mayores aquí y en China (bueno, aunque en China de un tiempo acá ya nadie tiene hermanos), esto es, que debe velar por el hermano menor; sino también porque Beto tenía debilidad visual. No era invidente, más bien lo que podían ver sus ojos era luz y sombras. Con lo poco que veía podía andar casi sin problemas por la casa. Nadie dejaba objetos tirados por donde Beto pudiera pasar, los muebles nunca se movían de lugar y así Beto andaba sin chocar o tropezar. A Domingo le fascinaba observar a su hermano y a veces, en secreto, cuando no había nadie en casa, cerraba los ojos e intentaba caminar sin ver, aunque nunca lo conseguía hacer tan rápido como Beto. Por eso, Beto era para Domingo un héroe, jamás hubiera permitido que Beto chocara contra la cubeta. Pero estaba ensimismado y por eso no pudo evitar el accidente.

A la mañana siguiente, por fortuna, Graciela parecía haber olvidado todo. Los chicos se levantaron antes que ella, prepararon el desayuno e hicieron unos bocadillos para llevar. Los tres salieron muy temprano y casi fueron los primeros en entrar al zoológico. Justo pasando el torniquete de entrada, Graciela llamó aparte a Domingo y le pidió que por nada del mundo “tomara” algo sin pagar. Esto fue la gota que derramó el vaso, el chiquillo enfureció. Estaba tan



Cola larga y rosa (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.



molesto que se propuso no hablar con ella en lo que restara del día, que, por desgracia, era más de la mitad.

Beto no veía bien, es verdad, pero no necesitaba ojos para darse cuenta de que su hermano estaba enojado, lo conocía muy bien. Por eso decidió no molestarlo ese día. Se colgaría de la mano de su madre y esperaría que ella le pusiera rostro a esos rugidos que él escuchaba. “¡Qué pena! —se lamentaba Beto—. ¡Nadie como Domingo para describir el mundo!”. Por primera vez lo rodeaban sonidos diferentes a los que él conocía. No sabía si disfrutarlos o temerlos: graznidos, trinos, rugidos. Él, a diferencia de Graciela o Domingo, veía con los oídos. Si su hermano mayor escuchaba tres sonidos, Beto escucharía seis o más. Esta facultad la tienen muchas personas que no ven o que son débiles visuales. Compensan con otros sentidos lo que no pueden saber por la vista. Por esto mismo fue precisamente Beto el primero que se percató de que alguien los llamaba. Cuando pasaron por la jaula vacía de los cacomixtles bebés, Beto escuchó una voz aguda que susurraba: “Beeeto, Domiiiiingo”. Se lo comentó a su hermano, pero éste pensó que se trataba de un equívoco porque la jaula estaba vacía y sólo había un par de túneles a medio excavar.

Sin embargo, cuando pasaron cerca del puma, Beto volvió a escuchar su nombre. A la tercera vez ya no le cabía la menor duda. Un coati chilló con dificultad el nombre de su hermano. Beto, preocupado, se lo repitió a Domingo, pero él no le creyó y le pidió que lo dejara en paz. Como Beto no dejaba de molestar, Domingo se adelantó a ver a los coyotes.

Grande fue su sorpresa al escuchar de repente su nombre. Se talló los ojos, aguzó la mirada y volteó a todas partes para ver quién lo llamaba. Pero no había nadie. Estaba solo frente a la jaula de los coyotes, quienes no le quitaban la mirada de encima. Cuando Graciela y Beto lo alcanzaron, Beto presintió el nerviosismo de su hermano y adivinó la razón: por fin Domingo escuchaba los llamados. “Son los coyotes”, explicó el hermano menor. Eso era un disparate cuando uno tenía abiertos los ojos, pero parecía tan evidente cuando uno los cerraba. Fue así como Domingo se dio cuenta de que Beto tenía razón. Ya no dudaba de que los animales los estuvieran llamando. Pero ¿por qué?

Beto pensó que tal vez les querían pedir un favor. No estaba equivocado, los animales habían olido a los dos hermanos desde que entraron al zoológico y habían descubierto en ese olor un amor fraternal muy fuerte. Sólo niños tan nobles podrían ayudarlos a ellos, que no podían defenderse solos. Domingo pensaba lo mismo: los animales querían pedirles un favor. Pero ¿cuál?

¿Cómo iban a preguntar a los animales qué estaba pasando? En caso de que éstos contestaran, ¿Beto y Domingo entenderían sus palabras? Los hermanos estaban dispuestos a averiguarlo, aunque primero debían distraer a Graciela, ni modo de decirle que tenían que hablar con los coyotes. A Beto se le ocurrió ir al baño, allí no lo seguiría su madre. Ya estando solos, le dijo a Domingo que él podría entretener a Graciela. Le suplicaría que lo llevara al serpentario, entonces Domingo se escapearía y haría contacto con los animales. Aquello sonaba a plan perfecto.

Persuadir a Graciela de ir a ver “bichos” no fue tarea fácil. A ella le daban pánico. Desde pequeña le enseñaron a pisar arañas, aplastar moscas, sentir asco por cochinillas e indefensas orugas. Conforme fue creciendo, ese asco se transformó en miedo por éstos y otros animales como las tarántulas, salamandras y serpientes. Así que ya se imaginarán ustedes que Graciela tenía muchas razones para no entrar al serpentario, pero una muy importante para hacerlo era que sus hijos no crecieran con esos miedos. Ni modo, hizo de tripas corazón, tragó saliva y se aferró a la manita menuda de Beto. Como Graciela estaba tan enfascada en no desmayarse, vomitar o soltar a Beto, no se dio cuenta de que Domingo no entró. El escape había funcionado sin problemas.

Ya con los coyotes, Domingo escuchó cómo éstos aullaban en coro el nombre del león africano y del oso americano. Así pues, el niño no perdió ni un segundo y fue a buscarlos. Primero encontró al león y se acercó lo más que pudo a su jaula. “¿Qué pasa aquí?”, preguntó el chiquillo al mal llamado rey de la selva, quien, no obstante, se limitó a bostezar y a mirarlo sin interés. Con un movimiento de cabeza, el felino se espantó las moscas y cerró los ojos para continuar la siesta. Entonces, Domingo decidió probar suerte con el oso americano. El oso, por fortuna, contestó la pregunta. Sin embargo, el chico no logró entender nada, porque el oso padecía de tartamudeo y gruñía sin parar: “Caca-coco, caca-coco”.

“¿Qué? ¡No te entiendo!”, gritó Domingo, pero el oso no dejaba de mascullar: “Caca-coco”. El niño pensó que el oso era un poco tonto, hasta que se le ocurrió apuntar lo que entendía sin repetir las sílabas: “coco”. De repente el oso gruñó: “coco-mimi, coco-mimi”. El chico anotó una sílaba nueva: “mi”. Leyó entonces en voz alta para que el oso lo escuchara: “¿Cacomi?”. El oso se levantó en dos patas y gruñó feliz. “¿Cacomi? —se preguntó Domingo—, ¿qué sería esa clave?, ¿una enfermedad?, ¿o un animal?, ¿qué se esconde en cacomi?”.

Habría que descubrirlo con su arma secreta. Sacó sus binoculares y se puso a escudriñar todo cuanto pudo de derecha a izquierda y de abajo a arriba:

jaulas, anuncios, árboles, animales. ¡Bingo! Por fin una sonrisa chimuela se asomó por su carita. “Claro... el cacomixtle. ¡Por supuesto!”, suspiró feliz. ¡Cómo no se dio cuenta antes! El chico guardó sus binoculares y fue corriendo a buscar al cacomixtle.

Allí estaba ya la señora Cacomixtle, jugueteando nerviosamente con las perlas de su collar. Esperaba desde hacía media hora a Domingo. Caminaba de un lado a otro y trepaba por la reja sin perder nunca el equilibrio. “¡Por fin llegaste, chamaco!, ¡pronto!, ¡pícale!”, gritó el rintel cuando lo vio llegar. Domingo se quedó perplejo porque se oponía a creer que un mamífero de cola larguísima y rayada, que saltaba por la jaula con elegancia y precisión, pudiera hablarle con tanta familiaridad. “¡Ándale!, Ayúdame a encontrar a mis hijos”, repetía una y otra vez la señora Cacomixtle sin hacer pausa entre frase y frase. Domingo intentó calmarla. Después de unos segundos, la madre logró tranquilizarse y le explicó: “Mira nomás, m’hijo, qué desgraciada que soy. Ayer, mientras recibía mis vacunas, me robaron a Xochi



Mapache llorón (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

y a Calix, mis chilpayates. ¡Del área de cachorros, hazme el favor! Como no los encontré, me trepé hasta lo más alto de mi jaula. Ay, si supieras, a mi edad. Y adivina qué, el león africano y el oso americano se estaban riendo. Fueron ellos, se han robado a mis crías. ¡Por favor, ayúdame!”. La pobre madre se secaba con ambas patas los chorros de lágrimas que le humedecían el rostro.

A Domingo no le parecía fácil creer que un león tan flojo se hubiera tomado la molestia de salir de su jaula por dos “bocaditos”, porque los cachorros de cacomixtle seguramente eran muy pequeñitos. Tampoco podía creer que el bonachón del oso fuera el autor de tan cruel bajeza. Ahora, ¿cómo descubrir si fueron ellos? Para Domingo era evidente que no podía preguntarles. Primero, porque al león perezoso le daría lo mismo contestar o no —como ya lo había comprobado—, y segundo, porque el oso tartamudo necesitaría mucho tiempo para explicar todo. Tenía que pensar algo y tenía que ser pronto, porque seguramente su mamá ya se había dado cuenta de su ausencia y en cualquier momento armaría un escándalo en el serpentario. Domingo comenzó a garabatear en su cuaderno un mapa del zoológico. Quería ver qué jaulas quedaban más o menos cerca del área de cachorros y qué animales intrépidos serían capaces de robar a dos pequeños rinteles. No tardó en descubrir el aviario y su puente colgante, desde allí podría tener una mejor vista del zoológico. Con ayuda de sus binoculares vería hasta el más mínimo detalle.

Había que poner manos a la obra. Subió al puente y constató que en realidad el león y el oso no podían haber robado a Xochi y Calix por la sencilla razón de que estaban muy lejos, y no sólo tenían que saltar muchos metros para salir de su jaula, sino que tenían que evadir el estacionamiento de guardias del zoológico. Ellos quedaban descartados, así como los lobos y felinos, porque tendrían el mismo problema al salir de sus jaulas: los verían fácilmente. Por lo tanto, sólo quedaban dos opciones: el mapache y la zarigüeya, que eran los más cercanos al área de cachorros. Domingo no sabía mucho sobre estos dos animales, pero no quería poner a Xochi y a Calix en peligro, así que optó por preguntar primero a los demás animales antes de interrogar a sus sospechosos.

El primero al que se dirigió fue el lince, quien lo sorprendió por su franqueza. “En todos los años que llevo en el zoológico nunca me había tocado un caso como éste. Animales de zoológico que se roban entre sí —dijo carraspeando el lince—. Es indignante. Si hay alguien que pueda perpetrar tal crimen es con seguridad el mapache”, finalizó el enorme gato y comenzó a lamerse las patas. Acto seguido se afiló las garras en un tronco seco. “Si tan sólo pudiera salir de aquí, ya vería ese malandrín”, amenazó el lince acomodando su hermoso cuerpo en una rama. “¿Por qué está tan seguro de que fue el mapache?”, se atrevió a preguntar Domingo.

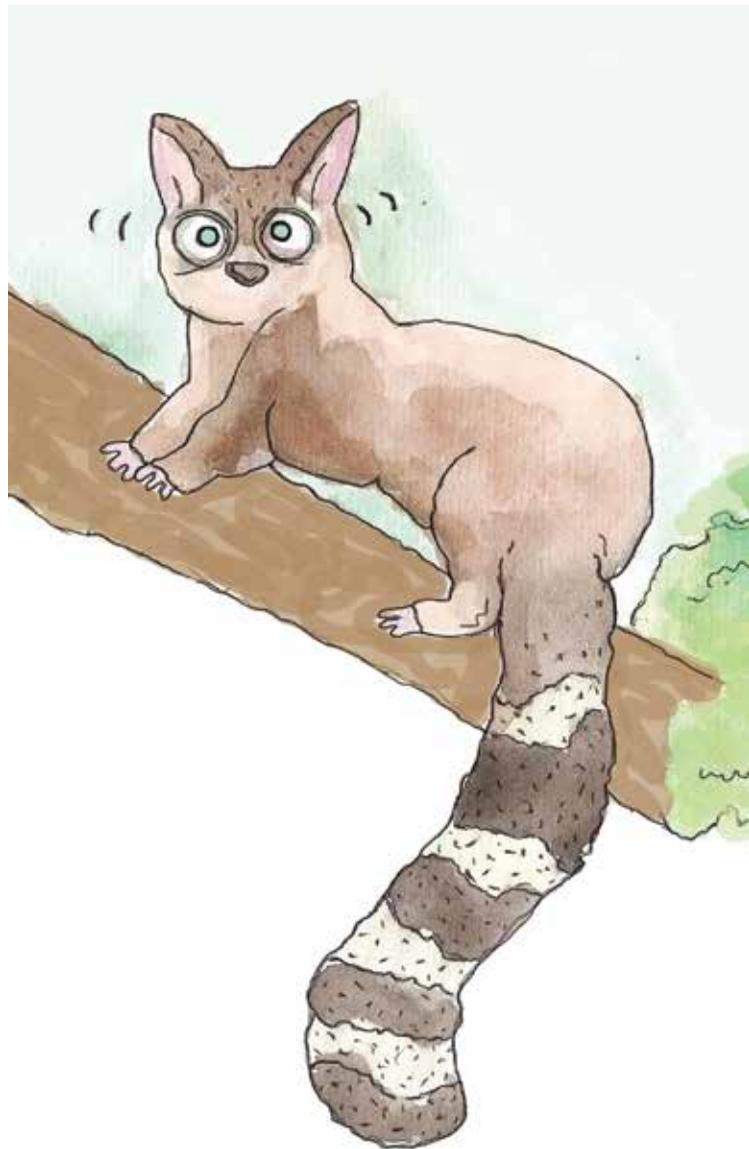
A lo que el lince respondió de inmediato moviendo sus orejas puntiagudas: “Tiene un antifaz. Si no tuviera nada que esconder, no ocultaría su rostro”, sentenció, y lanzó un bostezo que le permitió a Domingo ver los largos colmillos del felino. El niño detective estuvo a punto de creerle, si no fuera porque su mirada

descubrió la ficha de información sobre el lince: “Alimentación: pequeños mamíferos, como liebres y cacomixtles”. ¡Gulp! Los enormes ojos del felino se le pegaron como dos sombras a Domingo, quien tragó saliva y consideró pertinente dar por terminado su interrogatorio.

“¿El mapache? ¿Ese cobardica? ¡No! ¡¿Cómo crees?! ¡Si es un animal bien miedoso! ¡Además, el cacomixtle y el mapache son parientes! La zarigüeya, ésa es la ladrona”, gorgjeó el loro. El plumífero conocía muchas historias y muchas de ellas podía repetir-las de memoria. “Aquí el único animal que siempre ha sido ladrón ha sido doña Zarigüeya, incluso desde antes de entrar a Zacango”. “¿Por qué?”, preguntó el niño, sorprendido. “Imagínese usted, así como la ve de torpe, ella fue la que le robó el fuego a los guardianes de la montaña. Prueba de esto es su cola pelada”, contó el loro, feliz de que por fin alguien le pidiera su opinión. Sí, Domingo recordaba vagamente que en su libro de lecturas se narraba cómo ese animalito, un poco feo, arriesgaba su vida y robaba fuego en su cola para dárselo a los hombres y, así, éstos ya no comieran carne cruda.

En los ojos del loro ya se adivinaba otro secreto. Por eso Domingo lo dejó seguir hablando. Y es que el niño no estaba para saberlo ni el loro para contarlo, pero pocos en el zoológico conocían el otro nombre de la zarigüeya, y el loro, por supuesto, era uno de ellos. El plumífero dejó al descubierto la identidad secreta de doña Zarigüeya. Ella era ni más ni menos que el señor Tlacuache, el mismísimo que vende cachivaches y para comprarlos suele pregonar: “¡Niños que acostumbren dar chillidos o gritar! ¡Cambio, vendo y compro por igual!”. Al escuchar tal revelación, las guacamayas se santiguaron: “Ave María purísima. Seguro que ya hasta los vendió por allí a los pobres cachorros”. Sí, podría ser, pensó Domingo recordando la canción de Cri-Cri, pero tal vez sólo era mala fama, contestó al loro.

“No te creas, chaval —un cardenal que escuchaba la conversación aprovechó para meter su cuchara—, el tlacuache es un animal mañoso, qué digo mañoso, mañosísimo. Fíjate tú, cuando están a punto de cazarlo finge estar muerto, se tira al piso y no



Mamá (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

se mueve. Lo finge tan bien que su agresor se descuida un poco, y cuando esto pasa el tlacuache se levanta y sale corriendo”. Todas las aves asintieron al unísono. El tlacuache era un animal tramposo, sin duda. Para que Domingo se convenciera, una guacamaya roja replicó presurosa: “Oiga usted, joven, el tlacuache es un mano larga, pues todo lo que ve se lo mete a una bolsita que tiene en la panza; como usted sabrá, ese señor es nupcial”. Dicho esto, el loro soltó la carcajada: “Querrás decir marsupial, bonita”.

Domingo dejó a sus informantes plumíferos en una acalorada discusión sobre si el tlacuache era un animal nupcial o marsupial. Fuera lo que fuera, Domingo no conocía ninguna de las dos palabras. Además, estaba claro (al menos todas las aves coincidían): había sido el tlacuache. No quedaba más tiempo, tenía que interrogar al sospechoso y salvar a las crías. El chico se arriesgaría. Graciela lo iba a reprender fuertemente porque ya llevaba mucho tiempo perdido, pero le había prometido a la señora Cacomixtle que haría todo lo posible por salvar a sus rinteles.

Al llegar a las jaulas de los sospechosos, el niño vio que ambos estaban tendidos, tanto el mapache como la zarigüeya fingían estar dormidos, pero Domingo veía que de vez en vez abrían un ojito para ver si él ya se había ido. Hasta que el mapache no pudo más, se levantó y se puso a gritar con lágrimas en los ojos que era inocente. Y sí, bastaba con ver su jaula, pensó el niño, si él fuera el robachicos, o mejor dicho, el robacacomixtles, ¿dónde los escondería? Ya no le cabía duda: el tlacuache era el culpable. En eso, unos gorrioncitos pasaron y Domingo les pidió ayuda. Como eran tan pequeños, seguramente podrían entrar a la jaula del tlacuache a buscar a las crías. Estos agentes voladores obedecieron al niño y, a pesar de las protestas de la zarigüeya, atravesaron la reja, pero no hallaron nada: no había ningún rastro de los cachorros. En pago se llevaron un poco de lechuga seca del suelo, la única comida que encontraron. El tlacuache, conociendo a estos bribones, había escondido sabiamente sus zanahoritas frescas en la bolsa de su panza, como buen marsupial.

Domingo no sabía qué hacer. Por un lado, ya no tenía tiempo; por el otro, estaba cerca de resolver el asunto y encontrar a los cachorros, algo muy adentro se lo decía. Ya no había otra opción, el chico se acercó a la jaula y retó al animal con la mirada. El tlacuache estaba enfadado y lo miraba con sus ojos de capulín. Puede ser que la zarigüeya no sea un animal tan elegante como la pantera negra o tan exótico como el rinoceronte, pero es un animal sabio, por eso se atrevió a hablarle al chico: “Tú, niño, que te molestas porque tu madre piensa que eres un ladrón, ¿no te da vergüenza sospechar de mí?”. Domingo, sorprendido, miró a la zarigüeya, ¿cómo es que ella sí sabía la verdad y su madre no? El animal tenía razón, él había dudado de la zarigüeya gracias a las hablaturías de las aves. Y además porque la zarigüeya vivía cerca del área de cachorros. El chico no supo qué contestar y sólo atinaba a clavar su mirada en el piso. El tlacuache le volvió a preguntar moviendo su cola pelada: “¿No crees que antes de culparme debiste haber hablado conmigo? Todos estos animales, en lugar de buscar a los cachorros, se ponen a acusarme. Y tú ni nos preguntas al mapache o a mí, que



Mapache llorón (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

somos los vecinos de los cacomixtles, si hemos visto algo”. Domingo se echó unos pasos hacia atrás. En los ojos pequeños y negros del tlacuache había visto el coraje que él mismo sintió cuando su madre lo culpó injustamente. En ese momento vio a Graciela correr hacia él.

“¡Bendito sea Dios! —exclamó su madre y lo apretujó con muchísima fuerza—. Pensé que te había pasado algo, que te habías perdido, que te habían robado. ¡Qué susto me metiste, Domingo!”. El niño abrazó a su mamá. Graciela no paraba de disculparse con él por haberlo dejado solo. Mientras hacía esto, el tlacuache aprovechó para despedirse del niño: “Ni



Mama (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

el mapache ni yo vimos nada, si es lo que quieres saber. Lo que buscas sigue ahí. Nos vemos, niño. Ya me voy a mi madriguera”, dijo esto entonando la última palabra aún más fuerte.

¿Madriguera? Era una pista del tlacuache, sin duda. ¡Claro!, los tlacuaches y los cacomixtles viven en madrigueras que pueden ser... o troncos, o itúneles! Domingo se soltó del abrazo de su madre y se fue corriendo a la jaula de los cachorros. Recordó que ahí había túneles a medio excavar, ¿estarán allí las crías? Llegando a la jaula, pidió ayuda otra vez a los gorriones. Sin chistar, dos pajarillos fueron a revisar la jaula. Efectivamente, los cachorros se encontraban atorados en su propio túnel. Así se lo dijo el primer gorrión. El segundo confirmó la versión y también añadió que los cacomixtles se habían lastimado las patas y por eso no podían salir. Además tenían mucha hambre y sed.

Domingo salió como resorte en busca de un guardia del zoológico. No tardó en encontrar uno, lo tomó de la mano y le dijo que era una emergencia. Mientras tanto, Graciela, todavía boquiabierta, no entendía lo que pasaba, pero Beto la tranquilizó diciéndole que pronto le aclararían todo.

Nuevamente frente a la jaula de Xochi y Calix, Domingo explicó como pudo la situación al guardia y éste revisó la jaula cuidadosamente. Tuvo que darle la razón al niño. Los preciados cachorros cacomixtle estaban atorados en uno de sus túneles. El guardia, sin embargo, no sabía qué hacer, no les daría tiempo de cavar un túnel tan grande para un adulto y de sacar todavía con vida a Xochi y a Calix. Al decir esto, los niños enmudecieron, esto no podía ser verdad, tenía que haber alguna solución. La madre comenzaba a entender lo que pasaba y abrazó a sus chiquillos. Era seguramente una noticia muy triste para ellos.

“Yo, yo los saco”, gritó Beto. No sabía qué tan profundo debía ser el túnel para sacar a los cacomixtles, pero seguramente sería más fácil hacer un túnel para él que para un adulto. El guardia lo miró asombrado. No podía contestarle nada al niño. Su madre le preguntó entonces: “¿Lo intentamos?”. Ella estaba de acuerdo, aunque claro, tenía miedo por Beto, pero

la manita del niño apretaba la suya y no transmitía ninguna duda. Por muy loco que pareciera, Graciela y el guardia comenzaron a cavar y cavar lo más que pudieron. Pronto llegaron otros guardias más y todos ayudaban, pero no era suficiente. Todavía no alcanzaban a los cachorros y ya nadie tenía fuerzas para seguir. No obstante, continuaron, ni Domingo ni Beto les permitían hacer descansos.

No tardó en acercarse la gente curiosa, como podían se iban informando del asunto. Los niños que acababan de llegar mandaron a sus padres a ayudar, así pronto se cavó el túnel. Ya se escuchaba el gritillo débil de las crías. Algunos niños se acercaron para confirmar que eran los cacomixtles, pegaron la oreja al túnel y sonrieron. Pero al girarse y ver que el túnel era tan oscuro, dieron un paso hacia atrás. ¿Quién se metería allí? Eso estaba oscuro, más negro que la noche, su excitación por salvar a los cacomixtles se veía paralizada por la oscuridad.

A Beto aquello no lo amedrentaba. Conocía la oscuridad y no le temía. Se puso de pie, el guardia lo aseguró con una cuerda y le dio una palita, tendría que excavar el último tramo con mucho cuidado de no lastimar a los rinteles. Beto escuchó atento cada indicación y, ante la expresión boquiabierta de todos los presentes, bajó.

Y bajó más, hasta que avisó que ya había llegado al fondo del túnel. Se escuchó cómo usaba la palita, después hubo silencio durante unos segundos, pero luego todos volvieron a escuchar la palita, aliviados. “¡Los encontré! —gritó Beto— ¡Siguen vivos!”. El guardia esperó a que el niño tirara de la cuerda dos veces, señal de que él estaba seguro, así como los cachorros. Uno, dos tirones. Era hora de subir a Beto. Poco a poco. El guardia podía cargar sin problemas al niño, que era muy liviano, pero como todos querían que el rescate fuera perfecto, detrás del guardia había otros más que también agarraban la cuerda. Y no sólo ellos, también Graciela, Domingo, los demás niños y todos los adultos. Los gorriones miraban estupefactos la escena; incluso el león flojo había interrumpido su siesta y paraba la oreja para no perder detalle alguno

del rescate. El ascenso fue eterno, todos respiraban bajito y nadie decía nada.

Pronto se vieron los cabellos de Beto, llenos de tierra y lodo, luego se asomaron Xochi y Calix, que temblaban de miedo. Un guardia los tomó y envolvió en un paño, después salió corriendo con ellos hacia el veterinario. Otro guardia le dio la mano a Beto y lo sacó por completo. “¡Qué valor, pequeñín!, ¡qué valor!”. Beto tosió un poco, había tragado mucha tierra, pero luego se sacudió el lodo e intentó arreglarse los cabellos. Todos respiraron aliviados. “El zoológico está en deuda contigo”, dijo uno de los guardias. Pero Beto lo corrigió y le dijo que quien había descubierto el paradero de las crías en realidad había sido su hermano mayor.

Poco a poco la gente se fue disipando y los pequeños héroes fueron llevados a la dirección del zoológico. Los guardias querían darles una camiseta oficial del zoológico, así como un pase anual. “¡Qué día!”, festejó Beto. Domingo no paraba de mirar a su hermano y decir: “¡Los encontramos!”. “Niños, vengan, queremos tomarnos una foto con ustedes”, dijo el director del zoológico a punto de abrazarlos. “Esperre, espere —interrumpió Graciela—, sólo le limpio el rostro al menor para que salga bien”. Graciela comenzó a hurgar en su bolso, hasta que sacó un pañuelo y al desenvolverlo cayeron en su mano tres billetes de veinte pesos, el dinero que supuestamente había tomado Domingo. Justo en ese momento recordó que ella misma había regresado a la cocina por los sesenta pesos de la mesa y los había guardado en su pañuelo. Graciela miró avergonzada a Domingo. No sabía qué decirle. Su hijo simplemente la abrazó y le guiñó un ojo. LC

MARTHA GRIZEL DELGADO RODRÍGUEZ. Estudió Letras Hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México, México. Después hizo una Maestría en Lingüística en la Universidad de Düsseldorf. Trabaja como editora de libros de texto para editoriales alemanas. Actualmente reside en Toluca, donde toma talleres de creación en la Escuela de Escritores, en Metepec. Próximamente se publicará su primera novela infantil *Tu abuela en bicicleta*, en la editorial Pearson.  
e-mail: griz.delgado@gmail.com